



LE CLAN DES SICILIENS / EL CLAN DE LOS SICILIANOS

Three amigos!

RUBÉN LARDÍN

“Cuando hablo de ladrones de caballos no digo que robar caballos esté mal, eso no es asunto mío”. Es la cita de Chéjov que, sobre un plano de los juzgados, abre esta película y la entrega al deleite de un cine ligero y despreocupado de malhechores desempeñándose.

En el cartel, Gabin, Delon y Ventura. Más no se puede pedir. Las tres grandes fuerzas melancólicas del *polar* francés en un drama de línea clara orquestado por el cosmopolita Henri Verneuil, recién aterrizado de una eficiente aventura americana con *La hora 25* (1967) y *La batalla de San Sebastián* (1968), y con una filmografía asentada en éxitos instantáneos en su día como *Un mono en invierno* (1962) o *Gran jugada en la costa azul* (1963).

Alain Delon es Roger Sartet, un asesino y ladrón profesional ahora detenido por el comisario Le Goff, Lino Ventura en su habitual hechura de paisano conternado y corazón de plantigrado. De camino a la cárcel, Sartet se dará a la fuga con la ayuda de Vittorio Manalese, un Jean Gabin impasible, estricto patriarca de un clan siciliano que opera en París y mantiene conexiones internacionales. Manalese, ya viejo, está por retirarse a Sicilia, pero Sartet le ofrece un último golpe apetecible, el secuestro de un avión que transporta una colección de joyas.

Procedimental y de táctica, la película se encomienda a la higiene gramatical de Verneuil, que brilla en varios pasajes silentes, y a la garantía de los tres nombres, que por momentos se limitan a respetar sus marcas, cada uno haciendo de sí mismo (Delon acaso haciendo un poco de Belmondo), coartados todos por una taxonomía genérica de trazo grueso y sobre todo por cierta plétora de gran producción. Detrás de esa impostura late el aparato de Fox Europa, filial francesa de la 20th Century Fox, y la supervisión personal de Darryl F. Zanuck, quien no descuidó las viejas costumbres de magnate e impulsó a su pareja de

entonces, la actriz Irina Demick, para la que hubo que escribir nuevas escenas.

Al guion, de naturaleza escuálida, se había incorporado Giovanni tras varias versiones insatisfactorias para hacerse cargo de la calle, como dialoguista, crédito destacado históricamente en el cine francés, muy devoto de recoger localismos y jergas, el tener oído de toda la vida. No en vano, la película adaptaba una novela de Auguste Le Breton, escritor conocido por su uso del argot al que se atribuyen neologismos como “rifi”, del que deriva nuestro rirrafe.

El clan de los sicilianos (1969) es una producción rutilante que sin embargo da en una película algo ofensiva, servicial con el género, sin grandeza ni preocupación. En su genética no cuenta con la aficción tan querida del *polar*, el temblor de fondo, y eso tal vez contribuyera a su éxito popular en la cartelera de la gala de 1969, donde se estrenó amplia y felizmente. Algo tendría que ver, también, el morbo que esos días llevó a investigar a Delon por el asesinato de Stevan Marković, guardaespaldas, chófer, asistente personal y doble de luces del actor, en un escándalo aún por resolver en el que llegaron a verse involucrados miembros del gobierno.

Con una fotografía de prestigio a cargo de Henri Decaë, habitual de Melville, la película termina de caracterizarse en una memorable banda sonora de Ennio Morricone que se singulariza en la guimbarda, ese arpa de boca que trae la raíz y el acervo, la idea bufa de *famiglia* y también cierto aroma romántico de euro-western, de estar jugando a las películas.



Auguste Le Breton vs José Giovanni. Vidas paralelas, recorridos inversos

FELIPE CABRERIZO

José Giovanni distó de sorprenderse el día en que escuchó la voz de Auguste Le Breton al otro lado de la línea telefónica. Sabía que llevaba un tiempo pidiendo informes sobre su fiabilidad por los bajos fondos parisinos, y la única duda que albergaba era cuándo se decidiría a explicarle el porqué de aquellos movimientos. Le Breton no tardó en desvelárselo: necesitaba un guionista de confianza para ayudarlo con la adaptación de una de sus novelas y él era el elegido.

No era un problema nuevo para Le Breton: el monumental éxito que había alcanzado la adaptación de su primera novela, *Rifi* (Jules Dassin, 1955), lo había convertido en objetivo prioritario para los productores, pero su escasa habilidad a la hora de guionizar sus historias terminaba trastabillando una y otra vez los proyectos. Y ahí Giovanni podría resultar una pieza idónea, por haber aprendido el oficio de la mano de Jacques Becker y por el

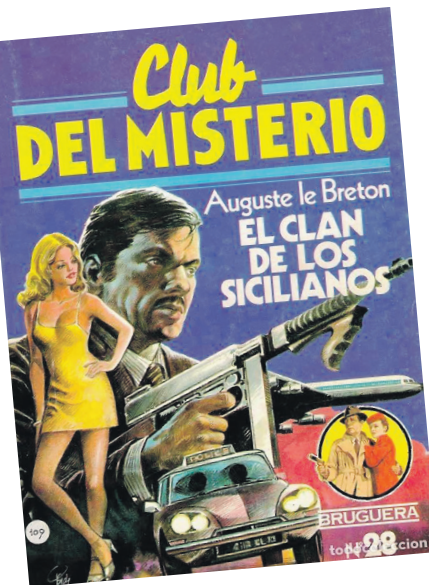


Le Breton y Gabin.

pasado delincencial previo a su salto a la literatura, ahora también el cine, que ambos compartían. Que los dos militaran en la escudería de la editorial Gallimard no era más que

otro ingrediente que hacía inevitable el encuentro.

Giovanni sacará adelante el guion de *El rifi* y *las mujeres* (Alex Joffé, 1958), desplegará una auténtica



exhibición de oficio en *Rifi* en Tokyo (Jacques Deray, 1963) y alcanzará la excelencia con su trabajo en *El clan de los sicilianos* (Henri Verneuil, 1969). Pero bajo aquellas películas incontestables Le Breton incubaba lentamente una sorda inquina que crecía con cada cambio que Giovanni efectuaba sobre sus originales.

La tensión soterrada estallará en un último proyecto, *Rifi au Canada*, al que Le Breton se aferró a la desesperada para recuperar un prestigio que sabía ya perdido. Una película ambiciosa, protagonizada por Gérard Depardieu y destinada al mercado norteamericano, que se fue al traste en el último momento por el enfrentamiento de Giovanni con el productor Carlo Ponti. Unos meses más tarde, las principales figuras de la industria recibían un sobre anónimo con un dossier que desvelaba el oscuro pasado de Giovanni. Cegado por su enemistad con Jean-Pierre Melville, este le adjudicó responsabilidad única de lo sucedido, y fue Lino Ventura quien descubrió que aquello no respondía sino a una venganza en frío de Le Breton. Confiando en una posible reconciliación optó por ocultarle la realidad, pero esta nunca llegó y Giovanni moriría sin conocer al autor de aquel ajuste de cuentas que tanto enturbió sus últimos años de vida.